Año 1952
18 marzo

ED 73 ABC

DIALOGO SOBRE EL TU Y EL USTED

BUENOS días, amigo.

—Hasta cierto punto.

—¿Le sucede algo?

—Estoy apesadumbrado. Se muere el usted.

—¿Cómo?

—El usted, el pronombre en singular de segunda persona, se nos muere, se nos va por la posta, cae en desuso... ¿me entiende?

—Claro, claro...

—Sobre todo se anticúa, se hace patrimonio exclusivo de las gentes de edad y envejece, como un estigma, a quien lo utiliza.

—¿Le parece?

—Los menores de treinta años lo han arrumbado definitivamente. A la mera presentación sigue el tú, como la sombra al sol. El contacto de hombre y mujer se inicia ya sobre esa base, y cualquier intento contrario se supone fruto de la afectación y del engolamiento. Ah, pobres gentes éstas... Pobres gentes que han renunciado a la dulzura de ver deslizarse la conversación desde la ceremonia a la intimidad, que no han conocido la victoria del tú, tras la resistencia de los diálogos iniciales, que no han podido estremecerse con el primer tú, como con la primera presión de la mano...

—Oh, oh, todas las demás delicias continúan intactas...

—Sí, pero esta gramatical, y por tanto tan intelectual y tan pura, no. Esta, se ha perdido.

—El usted responde a un tiempo en que la relación del hombre a mujer estaba más llena de cautelas y de recelos que la de hoy. La de hoy es más franca y más directa, y busca, por tanto, su apoyatura en giros menos etiqueteros. Esto aparte, el idioma está en una ininterrumpida evolución, arrinconando unas voces y dando otras a luz. Nosotros asistimos a la declinación del tú. Otros asistieron a la del vuesamerced y quizá dialogaron también, hace un siglo, con la misma melancolía que nosotros.

—Según usted, debemos adoptar ante las fluctuaciones del idioma una actitud pasiva y fatalista, inhibidos de ellas, como si no nos concernieran. Claro que el idioma es un océano en perpetuo movimiento. Ah, como al campo, tampoco se le pueden poner puertas. Pero yo, de buena gana, revitalizaría añejas palabras y proscribiría otras. En todo caso, uno de los placeres de la longevidad debe ser ese de pasar revista a las que sucumbieron y de paladear las nuevas. ~~Matusalem, claro, puede ser adolescente en la hora del "magüer" y anciano en la del "a pesar de"~~. Nosotros mismos, si alcanzamos la vida media, enterraremos modismos y vocablos que gozaban de plena salud en nuestra infancia. Pero lo que yo pretendería es llamar la atención de quienes nos siguen y exhortarles a que no cieguen el usted, a que le dejen vigente no como una fórmula definitiva, claro está, de las relaciones sociales, sino como un trampolín que cargue de valor y de significado la conquista del tú.

—¿Y no cree que en el usted caben casi tantas cosas como en el tú? ¿Olvida que son muchos los padres que se hacen llamar de usted por sus hijos y muchos los amigos íntimos, los amigos fervorosos—nosotros mismos—que se tratan de usted?

—El tú posee un indudable poder lubrificante, una milagrosa aptitud para acomodar preguntas, respuestas, confidencias... El usted no almohadilla lo suficiente... El tú, sí. En lo que me dice de los padres y los hijos... yo le soy sincero, no lo entiendo bien. El tú del hijo al padre no lleva implícita ninguna merma de su respeto. El usted parece que marcase entre ambos una distancia excesiva. Yo, en el fondo de mi alma, no soy partidario de esa fórmula, aunque no sea sino por reflejo de la verdadera irritación que me produce el ver a algunos servirse del tú con aquellos a quienes exigen el usted. Tutear al camarero, al limpiabotas, al chófer de "taxi", al criado, lo considero del peor estilo. Es un achaque muy señorito y muy impertinente. Sólo hay un tú legítimo: el que se da al niño, sobre el que se tiene el triste e indisputable magisterio de los años.

—¿Qué piensa usted hacer en vista de esto?

—Yo iniciaría, si hubiese modo, una campaña reivindicatoria para ensanchar su área del usted. Ahora, es un pronombre de taquilla, de oficina, de carta de recomendación, de consulta de notario. No es válido, ni en la amistad ni en el amor. El "vous", dicho sea de paso, es usadísimo en Francia, inclusive entre marido y mujer. Y en un usted escondido a tiempo, ay, caben casi tantas cosas como en un minué... Iniciaría, sí, una campaña en favor de ese pronombre a extinguir. Aun cuando sé que sin éxito previsible alguno, al menos en la calle de Serrano.

—¿Qué le pasa a esa calle?

—La calle de Serrano, aparte de ser la más bellamente poblada de las calles del planeta que conozco, es, con sus pros y sus contras—algún día hablaremos de ellos—, la más significativa de nuestra hora. La clase media alta la ~~transita~~, infatigablemente, antes del almuerzo, y toma por asalto sus bulliciosos cafés. Mis agentes secretos han registrado un solo usted por cada dos mil tús en la última quincena de servicio. Si ese mundo encantador que pendula arriba y abajo su calzada atendiese nuestras razones, usaría del usted con la mesura conveniente. Cada mañana, juveniles parejas ven abrirse delante de sí nuevos caminos. Yo les invitaría a detenerse en el usted las primeras jornadas, al menos, las primeras horas. Sólo para hacerles después más intenso el goce de entrar en el tú, sedosamente, en el momento más inesperado, al torcer de aquella esquina, al caer de aquella tarde, al salir de aquel "cine"... Encontrarse de pronto, sí, envueltos en el tú, como en una gasa, pisando un país mágico, hermosísimo, en el que cada sílaba toma, de pronto, un significado imprevisto y tintinea como el mejor cristal.

Joaquín CALVO-SOTELO